

NOTAS

VOLVER A GALDÓS UNA Y OTRA VEZ (NOTAS SOBRE UN CLÁSICO)*

ANELIO RODRÍGUEZ CONCEPCIÓN**

Fecha de recepción: 23 de diciembre de 2021

Fecha de aceptación: 13 de enero de 2022

GALDÓS, CLÁSICO, SIEMPRE EN ALZA

La obra de Benito Pérez Galdós, más allá de las expectativas de innumerables mareas de lectores que siguen su rastro generación tras generación y de un siglo para otro siglo, se revaloriza como sólo pueden hacerlo los clásicos, esos prodigios de la creatividad que, al decir de Italo Calvino, traen «impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que va dejando en la cultura o en las culturas que han atravesado»¹. Hablamos de un corpus difícil de abarcar por su extensión y variedad (treinta y dos novelas, cuarenta y seis «episodios nacionales», veinticuatro obras de teatro, aparte de una lista extensísima de cuentos, ensayos y artículos), muestra incontestable del talento de quien

* De este texto surgió otro más breve casi con el mismo título, reproducido en el folleto de la exposición celebrada en Santa Cruz de La Palma para conmemorar a Pérez Galdós con motivo del centenario de su fallecimiento: «Volver a Galdós una y otra vez». En: *La Palma mira a Galdós: el escritor, los amigos y los lectores de su obra*. Edición al cuidado de Isabel Santos Gómez. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, 2020, pp. 23-25. Estas mismas notas también sirvieron de base para la charla *La mirada de Galdós*, impartida en la Casa-Museo Galdós, de Las Palmas, el 1 de julio de 2021.

** Dr. en Filología Hispánica.

1. CALVINO, Italo. *Por qué leer los clásicos*. Barcelona: Tusquets, 1994, p. 15.

no puede ser calificado sino como coloso de las letras, maestro de maestros.

DE LAS ZOZOBRAS INDIVIDUALES A LA HISTORIA, Y DE LA HISTORIA A LAS ZOZOBRAS INDIVIDUALES

Hijo de su tiempo, bien ubicado sobre las coordenadas del realismo decimonónico, de entrada Galdós supo oponerse a los excesos románticos que arrastraba la tradición del folletín, por entonces símbolo de una decadencia generalizada con su carga de zafiedad y ramplonería a raudales. Ese deseo de cambio se centra en las zozobras de la conciencia de cada individuo, por insignificante que este parezca ante el maremágnum de las mutaciones de la historia colectiva.

REALISMO

La corriente del realismo, a la que Galdós se adscribe muy pronto gracias a la influencia de, entre otros, su admirado Balzac, produce cambios profundos en la sensibilidad del público. Entre el respingo de rebeldía de los románticos y el cabeceo de susceptibilidad de los noventayochistas, que desde distintos puntos de partida apelan a un individualismo exacerbado, los escritores realistas, con Galdós en vanguardia, se consagran a ubicar al hombre en un contexto histórico de transición con los conflictos de la clase media burguesa como pretexto para convertir el género de la novela en instrumento orientador, regulador indirecto de conductas sociales.

MADRID

Criado en el terruño natal de Gran Canaria, lo que sin duda marcaría su personalidad socarrona, en cuanto pudo abandonar el

nido para asentarse en Madrid como observador discreto, capaz de profundizar hasta en los mínimos detalles del discurrir cotidiano de la gente, Galdós se sintió dueño de un destino apasionante con el que confluían la vocación del literato en ciernes y el inconformismo del joven progresista. Enseguida defiende la idea de que en España urge el establecimiento de un sistema de libertades individuales sobre la base de los cambios estructurales en la economía y en la labor docente, claves de una evolución ilustrada que pasa por el anticlericalismo y la fe en los avances científicos. Muy pronto, pues, se deja fascinar por la agitación de la capital, aún sumida en el provincianismo y en el atraso si se compara con el apabullante desarrollo contemporáneo de París, Londres o Viena, por mencionar tres referentes europeos de primer orden. Madrid, llena de discordancias, abrumada entre el fatalismo, la desidia heredada y los anhelos de renovación, sirve de trasfondo perfecto para alguien que, mientras expone sobre el tapete los males que aquejan a la sociedad, pretende desentrañar los misterios de la naturaleza humana.

DEL ESPÍRITU CRÍTICO AL DESENCANTO

Las novelas de su primera etapa, así como las de madurez, a la cabeza de las cuales cabe situar el maravilloso fresco que es *Fortunata y Jacinta*, reivindican la importancia de la clase media madrileña y de algún modo dejan entrever las bondades del movimiento filosófico krausista para superar el clima de crispación, el gusto por la polarización ideológica (llamémoslo *guerracivilismo* endémico) y el consiguiente marasmo de la economía y la cultura españolas. Pero con el paso del tiempo, entre la era isabelina, la primera República y la Restauración, el ímpetu inicial de Galdós, hasta cierto punto optimista, va remitiendo hacia una actitud más sosegada, cuando no hacia la postración del desencanto. Así, en las series tercera y cuarta de los *Episodios* renuncia al tono patriótico que a lo largo de las dos primeras se erige como mito

totalizador del mundo burgués, mientras que en la quinta, ambientada justo en los años que enmarcan su biografía, sucumbe al desengaño incidiendo en la crítica del adocenamiento de la vida española. Hasta que por fin, en las postrimerías de su trayectoria, apela a un vago misticismo de raíz cristiana que acaso tamice los quebrantos de la vejez.

INFLUENCIAS Y TEMAS

Dado que esta obra inmensa e insobornable se hace eco de lo sucedido durante más de setenta años en un país convulso, nadie debiera sorprenderse ante el reflejo en ella de las más diversas corrientes de pensamiento reformista de la época, desde el republicanismo en la política a las teorías evolucionistas en la ciencia y al positivismo en la filosofía. Ese reflejo se proyecta sobre algunos temas de fondo que le conciernen de principio a fin, tales como el de la libertad, el albedrío, el amor y la caridad, a menudo encarnados en protagonistas de fuste y en personajes secundarios inolvidables que no dejan de subyugarnos con sus complejidades a flor de piel.

POR QUÉ GALDÓS SIGUE INCOMODANDO A LOS QUE BUSCAN Y A LOS QUE OSTENTAN EL PODER

Los logros del empeño galdosiano no admitían ni admiten peros, ni siquiera de parte de sus oponentes coetáneos, que eran muchos; y sin embargo el reconocimiento de esa excelencia se ha mantenido latente bajo un extraño manto de indefensión. Aún hoy le cuesta alcanzar el espaldarazo unánime que merece². A nuestro

2. Iris M. Zavala ratifica las conclusiones de Jean François Botrel y Manuel Tuñón de Lara cuando dice, casi parafraseándolos, que «difícilmente podía ser Galdós escritor nacional para la nación entera, ya que la lectura era una actividad ajena a casi la mitad de los españoles. Luego, porque sus lectores de las

entender, las razones de este fenómeno son obvias: Galdós pone el dedo en la llaga al revisar la realidad social sin concesiones a la autocomplacencia —algo que los nacionalistas más encendidos no perdonan—, enarbola un sentido liberal de la justicia —motivo suficiente para que lo boicoteen de mil maneras las raleas reaccionarias—, rehúye el maniqueísmo y se aparta de las coartadas de las ideologías —con lo que granjea enojos por todas partes, también entre los más afines a sus convicciones de progresía³—, permite y anima las contradicciones de los personajes literarios —aunque esto enrarezca el plan didáctico que subyace en el conjunto de la obra—, y, por si fuera poco, revela las miserias, el vacío, el oportunismo, la mediocridad, las componendas endogámicas, las mamandurrias, la demagogia y las chafalmejas de la vida política española, secularmente degradada por la mayoría de sus propios oficiantes, sean del bando que sean, empezando por los gangosos papudos de las dinastías monárquicas y acabando por los vocingleros del extremismo de izquierdas. He aquí el meollo de la voluntad creadora de Galdós: soberano como pocos ante los retos de su misión, honrado hasta decir basta, coherente con lo que las exigencias técnicas de narrador le van pidiendo a cada paso, se compromete hasta las últimas consecuencias con las necesidades consustanciales al montaje de cada artefacto literario que se trae entre manos, de modo que cuando construye una ficción, cuando deja que los personajes actúen por su propia cuenta,

clases medias nunca refrendaron la ideología progresista que defendía en la narrativa y en su teatro. [...] Fue, en resumen, el escritor de una nación que no llegó a constituirse. [...] De ahí, tal vez, su constante vigencia». Véase: ZAVALA, Iris M. «Benito Pérez Galdós». En: *Historia y crítica de la literatura española*. Coord. por Francisco Rico. Barcelona: Crítica, 1982, v. 5 (*Romanticismo y Realismo*, coord. por Iris M. Zavala), p. 474.

3. Encontramos un caso llamativo en la segunda serie de los *Episodios nacionales*: en *Memorias de un cortesano de 1815*, a partir de las andanzas del arribista Juan Bragas *Pipaón*, se describe el mundo del conservadurismo cerril en torno a Fernando VII; pero en la cuarta entrega, *El Grande Oriente*, se muestra la otra cara de la moneda con el radicalismo desaprensivo de los revolucionarios, capaces de conculcar los principios éticos en nombre de los cuales luchan.

se cuida de no pisar el terreno resbaladizo en que la soberbia abre la puerta al adoctrinamiento. ¿Cómo no lo van a tratar con cierta tibieza incluso quienes hoy en día tienen la sartén por el mango? ¿Cómo, si no, ha de explicarse que los fastos conmemorativos del centenario de su muerte hayan estado por debajo de lo que la ocasión requería y requiere? Don Benito sigue incordiando a las élites rectoras, claro que sí, al tiempo que perturba a quienes impugnan aquello que no les gusta del pasado como si su fuerza de rechazo tuviese carácter retroactivo; pero sobre todo les toca las narices a los que se arrojan, desde una supuesta superioridad moral, el alto cometido de dictaminar lo políticamente correcto en el presente. Y consigue eso y mucho más situándose al margen del moralismo, sin rasgarse las vestiduras, no de puntillas aunque sí con la circunspección y la retranca de un natural de las islas Canarias: ve venir los problemas sin removerse sobre su silla, los afronta con un sutil movimiento de cejas, un parpadeo lento, un imperceptible gesto de dilatar las ventanitas de la nariz. ¿Ustedes se han fijado en cómo mira y en cómo distiende el cuerpo Galdós al posar para cada uno de los retratos pictóricos o fotográficos de que fue objeto? Parece transmitirnos que está dispuesto a seguir sobrellevando sobre los hombros el peso de la perspicacia, casi como una penitencia de estoico ante los inagotables desajustes del mundo.

REALISMO DE CEPA HISPANA

Esa falta de engolamiento en el modo de mostrar sin juzgar, desde luego valiéndose de una socarronería de raíz isleña —¿quién lo duda?—, proviene del cauce del realismo genuino, el que nace de la genial cepa hispana, el de *La Celestina*, el del *Lazarillo*, el de Velázquez, el de Goya, e intenta ganarse el honor de una ascendencia cervantina que se acoge al arte de decir lo que se debe decir sin que se note que se debe decir y sin renunciar a la gracia de la naturalidad expresiva. En este sentido, la fronda del lenguaje

que se desborda en cada página, así como el orden compositivo de cada trama, adquiere un rango supremo en el milagro de la inventiva. Podemos afirmar que entre tantas exhibiciones de retórica de muchísimos quilates y tantos simulacros de oralidad fresca, directa, eficaz⁴, no sobra ni falta nada en su escritura. Por eso entra de lleno en la categoría de clásico incontestable.

PORTENTO TÉCNICO

A causa de ese portento técnico que las sustenta, las criaturas galdosianas, sin perder un ápice de la verosimilitud que el autor imprime en ellas, se sobredimensionan con el estilo literario, en virtud del estilo literario. No me pregunten cómo se consigue una proeza de tal calibre. No tiene sentido descubrir los juegos de magia, ni aquí ni en ningún otro lugar. La gran literatura participa de mecanismos de sugestión no muy diferentes de los que nos hacen creer en la magia, desde luego, y de poco sirve cubrirla con el rebozado de los discursos críticos. Quedémonos con la boca abierta, renunciemos a escarbar entre los secretos que enaltecen la destreza del escritor.

LEER, RELEER

Hay que volver a Galdós una y otra vez. Leerlo es releer a todos los clásicos juntos. Releerlo es descubrirlo, igual que en un primer acercamiento, ni más ni menos. Tal como Calvino advierte, «los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocer, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad»⁵.

4. La maestría de Galdós en la recreación de la palabra hablada consigue que el realismo y el naturalismo se fusionen hasta abrir una vía determinante para la narrativa del siglo XX.

5. CALVINO, Italo. *Op. cit.*, p. 16.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CALVINO, Italo. *Por qué leer los clásicos*. Barcelona: Tusquets, 1994.
- La PALMA mira a Galdós: el escritor, los amigos y los lectores de su obra*. Edición al cuidado de Isabel Santos Gómez. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, 2020.
- ZAVALA, Iris M. «Benito Pérez Galdós». En: *Historia y crítica de la literatura española*. Coord. por Francisco Rico. Barcelona: Crítica, 1982, v. 5 (*Romanticismo y Realismo*, coord. por Iris M. Zavala).